



**IZTAPALAPA**  
*Agua sobre lajas*

.....

JÉRÔME BASCHET, *LA CIVILIZACIÓN FEUDAL. EUROPA DEL AÑO MIL A LA COLONIZACIÓN DE AMÉRICA*, prefacio de Jacques Le Goff, Fondo de Cultura Económica, México, 2009, 637 pp., ISBN 978-60-7160-123-0

.....

POR CARLOS A. RÍOS GORDILLO  
*Universidad Autónoma de la Ciudad de México*  
*carlos.rios@uacm.edu.mx*

Ciertos historiadores, a veces generaciones enteras de historiadores, no encuentran en ciertos periodos de la historia nada inteligible y los califican de edades oscuras, pero tales frases nada nos dicen sobre esas edades, aunque nos dicen mucho sobre quiénes las escribieron.

R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, 1946

1. A pesar de las décadas que nos separan de la redacción de esta idea de la historia, la frase guarda todavía una vigencia radical y cobra todo el significado de una mirada escudriñadora, vigilante. Adquiere el significado de un síntoma historiográfico que penetra de lleno en una particular mirada de pasado, en las motivaciones de los testigos y de los creadores de ciertos testimonios, que la posteridad deberá aquilatar como una reserva de la memoria, como una reproducción del pasado. Pues al hacer referencia a estas “edades oscuras” es inevitable pensar en la Edad Media: una visión del mundo, una construcción historiográfica, al igual que un periodo específico de la historia universal.

Vale la pena preguntarse, ¿por qué al ser “nombrado”, “clasificado”, “catalogado” e “infravalorado” desde hace cinco siglos, este periodo denominado *etapa oscura* sigue reproduciéndose en la actualidad, hasta llegar a nosotros prácticamente con el sentido original con el que fue acuñado? La fama negativa de la Edad Media, que nos llega hasta el día de hoy, depende de una operación que no es producto de una obra particular o de un determinado personaje. Sean los humanistas italianos del siglo XV, o los eruditos alemanes

FECHA DE RECEPCIÓN 01/12/10, FECHA DE ACEPTACIÓN 04/04/11

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES  
NÚM. 69 • AÑO 31 • JULIO-DICIEMBRE DE 2010 • PP. 179-184

del XVII, lo mismo que los filósofos franceses del XVIII, todos ellos han compartido esta particular visión y deformación de una etapa de la historia humana, que sigue reproduciéndose peligrosamente en nuestra época.

Esta extraordinaria similitud hallada en diversas tradiciones intelectuales y en personajes a menudo diferentes tiene tal parecido que apunta a un “aire de familia”, a una operación consciente, repetida y transmitida de generación en generación, que al estar basada en una valorización del presente infravalora el pasado. Se trata, entonces, de una particular representación del pasado, de un tiempo moldeable que sirve de espejismo y marco de referencia para la legitimación de los resplandores de un momento histórico (sea la Antigüedad clásica, sea el Renacimiento, sea la época de las Luces, etcétera), y sirve también como un marco de comparación que permite establecer una perspectiva hacia el futuro –que tiende inevitablemente a convertirse en presente–, basada en una imagen negativa del pasado. Pero que se asoma en el horizonte del futuro como el “lado malo de la historia”, como *negatividad* de los hechos o acciones positivas del progreso: al mismo tiempo expresión del atraso, que síntoma de la barbarie presente en la sociedad contemporánea. De ahí viene, quizá, esta contemporaneidad del pasado llamado Edad Media, esta “actualidad de lo inactual”, como Jérôme Baschet ha dicho en alguna ocasión.

Pero, ¿por qué es precisamente la Edad Media quien sirve a todo ello?, ¿por qué no es otra etapa de la historia?, ¿de dónde viene esta visión negativa compartida y reproducida desde hace cinco siglos? Lo curioso en todo ello es que se trata de un juego de espejos *dentro* de Europa y no *fuera* de ella. Pues, a lo largo de su historia, Europa ha tenido una percepción ventajosa en el momento del contacto con los *otros*, y ha visto una imagen distorsionada de sí misma –y, en todo momento, favorable a sí misma–, al reflejarse en el espejo del mundo *no* europeo. Griegos y romanos llamaron “bárbaros” a aquellos que no eran como ellos. Los viajes de descubrimientos transoceánicos le mostraron al mundo europeo una imagen preconcebida y deformada que emanaba después de siglos de contacto con los otros: la del “salvaje”, el “oriental” y el “primitivo”. Sea durante la Hélade o durante la civilización europea, el contacto le fue siempre ventajoso, favorable. Se trataba de ver en los otros lo que pretendidamente se había dejado de ser y, sobre todo, lo que se quería ver.

Sin embargo, en medio de estas dos etapas, la Antigüedad y los tiempos modernos, entre la “cuna de la civilización occidental”, el “Renacimiento” y la “Ilustración”, se encuentra, precisamente, la Edad Media: la “edad de en medio”; considerada como mero *tránsito* entre una época y otra. Y que a pesar de ser una etapa de la historia europea deviene en ella como un cuerpo extraño, ajeno, artificial a la propia Europa. ¿Por qué? Pareciera que la respuesta apunta a lo siguiente: porque representa una *ruptura de la continuidad*, una *interrupción o desvío histórico que alteró* la pretendida marcha de la civilización hacia lo excelso, lo bello, lo justo, la razón, la cultura, la libertad, la conciencia, la democracia y el Estado, entre tantos valores e instituciones que, supuestamente, fueron extraviados

durante mil años, y que siglos más tarde “renacerían” luego de haberse congelado, volverían a “la luz” después de haberse oscurecido.

Quizá por esta condición de etapa-ruptura *dentro* de la propia civilización europea, la época medieval también resulta incomprensible para nosotros. Su nombre, “etapa del oscurantismo”, invita a pensar en un *continuum* de una época perdida –al mismo tiempo *unidad y homogeneidad*–, que constituye el carácter fundamental de una larga época devenida en letargo, en una larga enfermedad del cuerpo social europeo, donde supuestamente “nada pasó”, porque pasó precisamente *lo contrario* a lo que aconteció en la “cuna de la civilización occidental”, el “Renacimiento” y la “Ilustración”. Así, la imagen que nos queda del feudalismo es la del sentido negativo de la historia de Occidente. Y esta negatividad sirve para fundamentar y legitimar lo que en el presente suena anacrónico, retrasado o simplemente bárbaro. De ahí viene esta actualidad de lo inactual: la presencia de una Edad Media que, paradójicamente, no es más que la representación de su propia ausencia.

2. En este doble campo de batalla parece situarse el libro de Jérôme Baschet, *La civilización feudal. Europa del año mil a la colonización de América*. Obra de síntesis, bellamente editada y mejor escrita, que al estar construida a partir de dos hipótesis centrales constituye una interpretación persuasiva de la historia de Occidente: a) La dinámica feudal y el movimiento general de la civilización feudal están caracterizados por una lenta acumulación de progresos, sucesivas revoluciones demográficas, productivas y materiales, junto a renacimientos intelectuales, artísticos y culturales, cuya principal fuerza motriz es un “sistema eclesial que se coextiende con la sociedad”: la Iglesia, o “la fuente de su capacidad dinámica”. b) En la dinámica misma del sistema feudal es donde habría que buscar la génesis del capitalismo, dado que en los tiempos medievales Europa encontró “la fuerza y la energía” para su expansión y la posterior conquista del mundo, por lo que entonces es imperativo “renunciar a la sacrosanta ruptura entre Edad Media y Renacimiento”, considerando “insostenible la ruptura entre ésta y los Tiempos Modernos”. Se trata de una tesis que invita a pensar en una prolongación de los límites de los tiempos feudales hasta el siglo XVIII, e “invita a poner atención en la unidad y coherencia de este periodo de casi 15 siglos”, llamado “larga Edad Media”.

Es por ello que en el prólogo de *la civilización feudal*, Jacques Le Goff destaca que la Iglesia es “el motor y la institución dominante del feudalismo”, y que esta obra “salta, o mejor dicho borra, la falsa ruptura de un siglo XVI”, dado que la “larga Edad Media” termina en “la segunda mitad del siglo XVIII, con las Luces y la Revolución francesa”. De tal suerte, éstas parecen ser las principales *líneas de fuerza* de la obra, que en el fondo constituyen una creativa prolongación de las propias tesis expuestas por Le Goff en *La civilización del Occidente medieval*. (1999: 13). Ahí, él señalaba el papel central de la Iglesia en la civilización medieval, considerando al cristianismo como ideología dominante y como

religión propiamente dicha: “Lo esencial para la cristiandad latina es ese largo equilibrio del modo de producción feudal dominado por la ideología cristiana, que se extiende desde finales de la Antigüedad clásica hasta la revolución industrial”. Además de la tesis de un periodo temporal anclado en una duración larga y caracterizado por un vivo movimiento, llamado Larga Edad Media: “una Edad Media que se extendería desde aproximadamente el siglo III hasta mediados más o menos del siglo XIX, un milenio y medio en que el sistema esencial es el del feudalismo”.

3. Esto articula, a mi parecer, el itinerario de *La civilización feudal*. Cuyo viaje inicia en la “Formación y auge de la cristiandad medieval”, primera línea de fuerza y primera parte del libro, donde el autor presenta un panorama de las evoluciones más representativas de la Europa medieval: la instalación de los nuevos pueblos y el trastocamiento de las estructuras antiguas; la conversión al cristianismo por parte de un continente entero; la sacralización de la Iglesia católica y la emergencia de un poder eclesial; el establecimiento del señorío, la relación de *dominium*, el fenómeno del *encelulamiento*, la feudalidad, la organización de la aristocracia o la dinámica entera del sistema feudal. Y, de manera importante, el análisis de cuando “la Europa medieval hace pie en América”, es decir, el encuentro de la Europa medieval con la América colonial, como resultado de una dinámica de crecimiento, de sucesivas revoluciones y renacimientos propios de los siglos medievales, como dice el autor.

Pero no se trata de una simple transferencia y reproducción de instituciones y mentalidades europeas (eurocentrismo combinado con colonialismo), pues el autor advierte la “aclimatación” de lo nuevo, su transformación ante el contacto: “que una realidad original, irreductible a una simple repetición, toma forma en las colonias del Nuevo Mundo”. Aunque su intención no sea –caso desafortunado para algunos lectores del libro– “articular de manera global sociedad medieval y sociedad colonial”, es decir, mostrar los frutos del contacto, la explicación profunda de las raíces, en vez de enfocarse a la mera enunciación de los problemas. Sin embargo, como decía Marc Bloch en *La historia rural francesa: caracteres originales* (1978: 27): “en ocasiones importa sobre todo enunciar bien las cuestiones, más que, todavía, tratar de resolverlas”.

Una vez planteada la plataforma viene la segunda línea de fuerza, la parte más original de la obra y más cercana a la producción anterior del autor, intitulada “Estructuras fundamentales de la sociedad medieval”. Aquí se encuentra el análisis de los marcos temporales de la cristiandad y la estructuración espacial de la sociedad feudal; la lógica de la salvación, la creencia en el “más allá”, la dualidad cuerpos y almas y la articulación de un modelo social a través de lo carnal y lo espiritual; las relaciones de parentesco o la reproducción física y simbólica de la cristiandad, aunado a medio centenar de imágenes impecablemente detalladas, que para el Occidente medieval –y también para el autor– constituyen “la fuerza de la representación del mundo”.

4. Esta prolongada etapa llamada “larga Edad Media” (aun cuando en la obra está finamente estudiada y dividida en periodos de acuerdo con específicas transformaciones de la dinámica del sistema feudal, sobre la idea de restituir la coherencia y la dimensión global de sus propios elementos a partir de una serie de movimientos y continuidades) *borra*, en efecto, una discontinuidad, una ruptura histórica de alcance civilizatorio: la modernidad y el capitalismo. “La era del capital data del siglo XVI”, decía Marx en *El Capital*, aunque podamos concebir a este último, como explicara Braudel, como un “largo siglo XVI” (1450-1650). Pues justamente desde este momento comienzan a *afirmarse* tanto las primeras formas características del modo de producción capitalista como las distintas expresiones de la moderna sociedad burguesa, a una escala verdaderamente *planetaria*. Recordando a Bolívar Echeverría habría que precisar:

Por *modernidad* habría que entender el carácter peculiar de una forma histórica de totalización civilizatoria de la vida humana. Por *capitalismo*, una forma o modo de reproducción de la vida económica del ser humano: una manera de llevar a cabo aquel conjunto de sus actividades que está dedicado directa y preferentemente a la producción, circulación y consumo de los bienes producidos (Echeverría, 1997: 138).

Cierto es que el feudalismo representa el periodo de creación de las condiciones generales para el surgimiento de la sociedad capitalista, de donde parte esta acumulación de fuerzas que permitirá a Europa su expansión y conquista del mundo, pero también es cierto que, sobre esta afirmación de un *universalismo abstracto y homogeneizador*, la moderna sociedad capitalista que se establece a partir de este “largo siglo XVI” se construye en torno de la incesante valorización del valor, de un proceso de *acumulación del capital* (inédito en épocas anteriores) que hace necesaria la ilimitada expansión geográfica de una sociedad capitalista que concibe al valor como algo compatible con cualquier “valor de uso” posible y que, a partir de la construcción del mercado mundial moderno, transforma en mercancía todo lo que encuentra a su paso. Con lo cual, desde este momento de ruptura, se impone una universalización que *subsume* a todos los territorios y pueblos del mundo a un determinado proyecto civilizatorio, donde “el sujeto real y efectivo de la historia moderna pareciera ser la acumulación del capital” (Bolívar Echeverría, *dixit*), considerado como “el objetivo o intento primordial de su autoexpansión”, según ha estudiado Immanuel Wallerstein.

Por ello, la primera tarea que cumple la economía capitalista, como decía Echeverría, “es la de reproducir la condición de existencia de su propia forma: construir y reconstruir incesantemente una escasez artificial, justo a partir de las posibilidades de la abundancia”. La explicación crítica que Marx hace del capital, la forma o el modo capitalista de la riqueza social –de su producción, circulación y consumo– es la única vía que en la civilización europea las circunstancias históricas abrieron para pasar de la posibilidad

de la riqueza moderna a su realidad efectiva (un proyecto posible de vivir la vida humana, dirigido a potenciar las oportunidades de su libertad y con ello superar “la escasez originaria”), pero sólo para obligarle, de forma contradictoria, a reconstruir la escasez artificial ante las posibilidades de la abundancia, transfigurando y deformando el proceso de realización “social-natural”, en un proceso “social-enajenado” que se cumple, dramáticamente, como proceso de “autovalorización del valor”. Un proceso brutal del que no hemos salido todavía.

Durante la Edad Media europea, particularmente en el corazón del feudalismo, el “pequeño continente” llamado Europa se encontraba ya en plena revolución civilizatoria. Sin ello, es cierto, el capitalismo no habría podido construirse como el modelo dominante de reproducción de la riqueza social. Necesitó de este fundamento, de la dinámica propia de los tiempos feudales para volverse realidad efectiva, pero para que adoptase estas nuevas formas y se desarrollara en otros sentidos sería menester que las formas económicas llegaran a cambiar la intención de ese ritmo, de ese fenómeno originalmente circulatorio, y así penetrar a la esfera de la producción/consumo. Una vez que estuvo configurado como tal, a partir de la gran transformación que se opera a partir del “largo siglo XVI”, pudo ya extenderse y planetarizarse, sin necesidad de ese “humus civilizatorio”, propiamente feudal.

El final de la Edad Media y el inicio del capitalismo será entre Jérôme Baschet y yo un punto de desacuerdo constante, pero la existencia del capitalismo constituirá siempre un lazo de unión entre nosotros: una motivación real y efectiva para seguir luchando.

## Bibliografía

Bloch, Marc

1978 *La historia rural francesa: caracteres originales*, Crítica, Barcelona.

Echeverría, Bolívar

1997 *Las ilusiones de la modernidad*, Universidad Nacional Autónoma de México/El Equilibrista, México.

Le Goff, Jacques

1999 *La civilización del Occidente medieval*, Paidós, Barcelona.